

# El árbitro, bajo sospecha

**Tanya Acosta**

tanyaacis@icloud.com

**E**n México, la democracia tiene una peculiaridad: siempre está en riesgo... pero casi nunca pasa nada. O mejor dicho, pasan muchas cosas, pero se normalizan. Y entre todas esas cosas normalizadas hay una especialmente delicada: la posibilidad de que el crimen organizado influya en las elecciones.

No es una teoría conspirativa. Tampoco es una exageración. Es una realidad que se ha ido documentando, confirmando y, peor aún, aceptando con una especie de resignación colectiva.

Por eso, cuando se habla de la renovación de consejeros del INE, el tema no debería limitarse a currículums, exámenes y listas de aspirantes. Debería centrarse en algo mucho más incómodo: qué tan blindado está el árbitro frente a presiones que no siempre se ven, pero que sí se sienten.

## Elecciones en territorio minado

Hay zonas del país donde votar no es simplemente ejercer un derecho. Es, en el mejor de los casos, un acto condicionado. En el peor, una simulación.

En esos lugares, los grupos criminales no necesitan instalar casillas ni contar votos. Les basta con influir antes: decidir quién compete, quién se baja, quién gana.

**Así de simple. Así de brutal.**

Y mientras eso ocurre, el sistema electoral sigue operando con una narrativa formal de legalidad, como si todos los actores jugaran bajo las mismas reglas. Pero no es así.

## El INE y la ilusión de control

El INE está diseñado para organizar elecciones limpias, equitativas y confiables. Esa es la teoría. El problema es que ese diseño parte de una premisa frágil: que todos los participantes respetan el marco institucional.

Cuando entra en escena el crimen organizado, esa premisa se rompe.

Porque el INE puede capacitar funcionarios, instalar casillas y contar votos con precisión milimétrica, pero no puede —al menos no por sí solo— evitar que en ciertas regiones las decisiones ya estén tomadas desde antes.

Y ahí es donde la fortaleza del Consejo General se vuelve clave.

## Consejeros de papel... o de carácter

Elegir consejeros electorales no es un trámite administrativo. Es, o debería ser, una decisión estratégica.

Se supone que quienes llegan al máximo órgano del INE deben tener experiencia, conocimiento técnico y, sobre todo, independencia. Pero en la práctica, esos requisitos a veces se vuelven flexibles.

Aparecen perfiles sin trayectoria electoral clara. Aspirantes que destacan más por sus conexiones que por su experiencia en procesos democráticos. Nombres que generan dudas, pero que avanzan de todos modos.

Y entonces surge la pregunta incómoda: ¿estamos eligiendo a los mejores... o a los más convenientes?

## La debilidad como puerta de entrada

El crimen organizado no siempre necesita infiltrarse directamente en las instituciones. A veces le basta con algo más sencillo: que esas instituciones sean débiles.

Un consejero sin experiencia puede ser más vulnerable. No necesariamente por mala fe, sino por falta de herramientas. Por desconocimiento. Por no dimensionar el alcance de ciertas decisiones.

Y en un entorno donde hay actores dispuestos a presionar, intimidar o influir, esa falta de solidez puede convertirse en un riesgo.

Porque la independencia no sólo se declara. Se ejerce. Y para ejercerla, hay que tener con qué.

## El otro tipo de presión

Pero no todo pasa por el crimen organizado. Hay otra presión, más elegante, más institucionalizada, pero igual de efectiva: la política.

**Los vínculos, las cercanías, las lealtades. Todo eso también juega.**

Un consejero que llega con respaldo político puede no necesitar amenazas externas para comprometer su imparcialidad. Basta con entender de dónde viene y qué se espera de él.

Y en ese escenario, la autonomía se vuelve relativa.

Porque no es lo mismo deberle el cargo al mérito... que deberlo a alguien.

## Cuando lo excepcional se vuelve cotidiano

Lo preocupante no es sólo que existan estos riesgos. Es que ya no sorprenden.

Que hablar de elecciones influenciadas por el crimen organizado ya no genera escándalo, sino resignación. Que ver perfiles cuestionables avanzar en procesos clave ya no indigna, sino que se asume como parte del juego.

Esa normalización es peligrosa, porque cuando todo se vuelve cotidiano, también se vuelve aceptable y lo que se acepta, se repite.

## La trampa del discurso perfecto

En el discurso, todo está claro: se necesitan consejeros capaces, independientes y con trayectoria. Nadie dice lo contrario.

El problema es que ese discurso convive, sin conflicto aparente, con decisiones que lo contradicen.

**Se habla de blindar al INE,**

pero se permite que lleguen perfiles sin experiencia suficiente. Se insiste en la autonomía, pero se toleran cercanías políticas evidentes. Se advierte sobre el crimen organizado, pero no siempre se fortalecen las defensas institucionales.

Es una contradicción que ya forma parte del paisaje.

## El costo de mirar hacia otro lado

Minimizar estos temas tiene consecuencias. No inmediatas, quizá. No espectaculares, pero sí profundas.

Cada decisión cuestionable erosiona un poco la confianza. Cada nombramiento dudoso debilita un poco la institución. Cada señal de permisividad abre una puerta más.

Y en algún punto, ese desgaste acumulado se traduce en algo más grave: la pérdida de credibilidad.

Cuando eso ocurre, el problema ya no es sólo quién gana una elección. Es si la elección misma sigue teniendo sentido.

## Epílogo: el árbitro que necesita árbitro

México no necesita un INE perfecto. Necesita un INE fuerte. Lo suficientemente fuerte como para resistir presiones políticas, económicas y criminales.

Pero esa fortaleza no se construye con discursos, ni con buenas intenciones. Se construye con decisiones.

**Decisiones sobre quiénes llegan, por qué llegan y para qué llegan.**

Porque al final, el árbitro también necesita garantías.

Y si el árbitro entra al juego con dudas, con debilidades o con compromisos previos, en tonces ya no estamos hablando de democracia. Estamos hablando de otra cosa.

